

Elogio desmedido de...

Jorge Luis Borges

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Ni voy a hacer la apología sarcástica de las ideas ultrarreaccionarias de las que Borges alardea exagerándolas hasta lo grotesco, ni me voy a meter seriamente con ellas, tampoco. Por dos razones: porque pienso elogiarle como escritor, y, sobre todo, como poeta, y por no darle gusto, pues a Borges le satisface *épater les gauchistes*, como pude descubrir cuando le conocí. Si noiqué entonces, menos pico ahora, y si mucho le admiraba antes como poeta, ahora le admiro muchísimo más.

En las conversaciones que con Borges sostuve en Buenos Aires en 1971, constaté que le halagaba que apreciaran su obra en verso, y colaboró muy a gusto en la selección de sus poemas, que hice para ser publicada en España. Yo llevaba ya una selección previa, desde su primer libro, *Fervor de Buenos Aires*, de 1923, hasta el entonces su última colección de poemas, *Elogio de la sombra*, de 1970, pasando por *Luna de enfrente*, *Cuaderno San Martín*, *El otro*, *el mismo* y *Para las*

seis cuerdas. La selección final, añadiendo varios poemas y quitando alguno que no le gustaba, la realizamos en tres sesiones de trabajo: la inicial, en la Biblioteca Nacional, de la que es director, y las otras, en su casa de la calle Maipú, esquina Alvear. No hubo problemas extraliterarios, pues el viejo zorro bonaerense captó en seguida que sus juicios o comentarios políticos abracadabrantes no me escandalizaban, y entonces fue por lo derecho a la cuestión de ayudarme a escoger sus mejores poemas. Y me ayudó muy mucho, con sus matizaciones, comentarios y anécdotas. Yo iba con la idea puesta de que el verdadero Borges, el Borges fundido en su particular Buenos Aires, el Borges angustiado por su casi total ceguera, el Borges contradictorio, el Borges-Borges, estaba en su obra en verso. En sus magníficos relatos en prosa, su personalidad se esconde y se diluye, pero en su poesía aparece multifacético y coloquial,

apenado y orgulloso, y lo mismo se fija en detalles insignificantes, que trasciende la realidad del poema. Es una poesía angustiada, que pretende reconstruir el pasado y detener el tiempo presente, y como esto no le es posible, trata de entender el tiempo como un proceso cíclico, que se repite, pero que sigue siendo inaferrable, y frente al que sólo puede oponerse *la obra de arte* como algo intemporal, y *la creación poética* como casi inmortal y eterna, o, al menos, un poco más durable.

Desde 1970 hasta aquí ha vuelto a publicar poesía: *El oro de los tigres* y *La rosa profunda*. Son dos libros impresionantes, es decir, que me impresionan. El Borges que empezó como escritor publicando en verso, está terminando su vida escribiendo en verso también. En medio quedan las muchas y repetidas ediciones de sus bellos y archiconócidos relatos, los que le han dado fama, los leídos y plagiados en el ámbito de toda la literatura en castellano: fantasiosos, impersonales, breves y resta-

llantes. Así, el Borges prosista y el Borges poeta son como el anverso y reverso de la misma moneda, de la misma y compleja personalidad creadora. Como jugador, como creyente que es Borges del azar, echó al aire tres veces la moneda: la primera y la última, salió cara, y la segunda, cruz. Cara: terminar como se empezó, repetir el ciclo del tiempo, dar claves para la comprensión de su cruz, de su obra en prosa. Y todo esto sumido en una oscuridad cada vez más densa, más quemante, hasta la sombra total de la muerte. *Pronto sabré quién soy*, dice en el último poema que da el título a *Elogio de la sombra*. Un hombre, un hombre inteligente, un gran prosista, un poeta emocionante. Pero, además, ¿quién es Borges? *Demócrito de Abdera se arrancó los ojos para pensar/el tiempo ha sido mi Demócrito*. Borges en su infierno en vida, en su gloria y en sus catástrofes, insolidario y orgulloso. Todo un creador. ●



LA CALLE

Goy P/1953

56

17-23 DE ABRIL DE 1979

Nº